

invertebrados; y á este efecto nos valdremos igualmente de las inapreciables obras del ilustre Baron de Cuvier tan justamente célebre bajo todos respectos.

ANIMALES DOMÉSTICOS.

El hombre cambia el estado natural de los animales obligándoles á que le obedezcan, y haciéndolos servir para su uso; de suerte, que el animal doméstico es un esclavo consagrado á nuestra diversion, de cuyos servicios nos aprovechamos y aun abusamos, y al cual se altera, se espatria y desnaturaliza, al contrario enteramente de lo que sucede en el animal silvestre, que obedeciendo tan solo á la naturaleza, no conoce mas leyes que las de la necesidad y la libertad. Así pues, la historia del animal montaraz está ceñida á un corto número de hechos, emanados de la simple naturaleza; al paso que la del animal doméstico se halla complicada con todo lo relativo al arte que se empleó para amansarle y subyugarle: y no sabiéndose todavía

hasta que punto pueden influir sobre los animales el ejemplo, la sujecion y la fuerza de la costumbre para cambiar sus movimientos, determinaciones é inclinaciones, de ahí es que el naturalista debe por lo mismo aplicarse á observarlos atentamente, á fin de poder distinguir los hechos que dependen del instinto, de los que únicamente proceden de la educacion; reconocer lo que es propio suyo, y no confundirlo con aquello que aprendieron; separar lo que hacen por sí mismos de lo que les obligan á hacer, y no confundir nunca el animal con el esclavo, ni la bestia de carga con la criatura de Dios.

El imperio del hombre sobre los animales es un imperio legítimo, que ninguna revolucion puede destruir; es el imperio que tiene el espíritu sobre la materia; es no solamente un derecho que le pertenece por naturaleza, y un poder fundado en leyes inalterables, sino tambien un don de Dios, en el cual puede á cada instante reconocer el hombre la esclencia de su sér: por cuanto si manda á los demás animales, no es sin duda por ser el mas perfecto, el mas fuerte, ni el mas industrioso de todos ellos, puesto que si solo fuese el primero del mismo orden, se unirían entonces los segundos para disputarle el imperio. La superioridad de su naturaleza es la que reina y le da por sí sola

el imperio sobre todos los demás: el hombre piensa, y hele aquí dueño de los seres que carecen de esta facultad.

Poseedor de los cuerpos brutos, cuya torpe resistencia ó inflexible dureza sabe siempre su mano superar y vencer, removiendo los obstáculos que podían oponerse á su voluntad por medio de sus mismas fuerzas, que hace recíprocamente actuar y destruirse; árbitro de los vegetales, que por su industria puede aumentar, disminuir, renovar, desnaturalizar, destruir ó multiplicar á lo infinito: es el hombre asimismo señor de los animales, porque no solamente posee como ellos el movimiento y la sensibilidad, sino que tambien está adornado de la luz del pensamiento, conoce los fines y los medios, y sabe dirigir sus acciones, arreglar sus operaciones, medir sus movimientos, y superar la fuerza con el entendimiento, y la velocidad con el acertado uso del tiempo.

El carácter, sin embargo, de los animales varia muchísimo: unos son mas ó menos familiares, otros mas ó menos montaraces, estos mas ó menos mansos, aquellos mas ó menos feroces; y si se compara la docilidad y sumision del perro con la altivez y ferocidad del tigre, desde luego se reconocerá el amigo del hombre en el primero, y su mortal enemigo en el último. Su im-

perio, por consiguiente, sobre los animales está lejos de ser absoluto: unos aquí saben sustraerse á su poder por la rapidez de su vuelo, por la velocidad de su carrera, por la oscuridad de su retiro, y por la distancia que pone entre ellos y el hombre el elemento en que habitan; otros se eximen allí de su dominio solamente por su pequeñez; y otros finalmente, lejos de reconocerle por su soberano, le atacan á viva fuerza: prescindiendo aun de esos insectos que parece le insultan con sus picaduras, de aquellas culebras cuya mordedura lleva consigo la ponzoña y la muerte, y de tantas otras bestias inmundas, molestas é inútiles, cuya existencia no parece tener otro fin que llenar el intervalo entre el bien y el mal, y hacer conocer al hombre lo poco respetado que es desde su caída.

Sin embargo, debemos distinguir el imperio de Dios del dominio del hombre: Dios, criador de los séres, es el único árbitro de la naturaleza; mas el hombre nada puede absolutamente sobre el producto de la creación, nada sobre el movimiento de los cuerpos celestes, sobre las revoluciones del globo en que habita, sobre los animales, los vegetales, ni los minerales en general; nada tampoco sobre las especies, por cuanto su poder está limitado únicamente á los meros individuos, mientras que las especies en

su totalidad y la materia en masa solo pertenecen á la naturaleza, ó por mejor decir, la constituyen. Todo pasa, todo huye, todo se sucede, se mueve y se renueva por un poder irresistible: el hombre mismo, arrastrado por el torrente de los tiempos, ningun dominio tiene en su propia duracion; y ligado por su cuerpo á la materia, y envuelto en el torbellino de los séres, é irremisiblemente sometido á la ley comun, obedece al mismo poder; y, como todo lo demás, nace, crece y acaba.

Aquel rayo empero de divina luz, de que el hombre está animado, le ennoblece y le eleva sobre todos los séres materiales; aquella sustancia espiritual, lejos de estar sometida á la materia, tiene derecho para hacerla obedecer; y si no puede mandar á la naturaleza entera, á lo menos tiene dominio sobre los séres particulares. Dios, único manantial de toda luz y de toda inteligencia, rige el universo y las especies en su totalidad con poder infinito: el hombre, que solo participa de un débil rayo de aquella inteligencia, solo tiene igualmente un poder escaso, limitado sobre cortas porciones de materia, y solo está ceñido á dominar sobre individuos.

Así pues, si pudo el hombre domoñar á los animales, no fue en virtud de la fuerza y de-

mas calidades de la materia , sino por los talentos del espíritu. Durante los primitivos tiempos de la naturaleza todos los vivientes debian amar su independenciam con igual estremo , y el hombre criminal y feroz era muy poco á propósito para domesticarlos : así que, fue preciso mucho tiempo para acercarse á ellos , reconocerlos , elegirlos y domarlos ; fue preciso que él mismo estuviese civilizado, para saber instruir y mandar ; y el imperio sobre los animales, igualmente que todos los demas imperios, no pudo consiguientemente principiar hasta despues de formada la sociedad.

De ella le dimana al hombre todo su poder , y mediante ella ha perfeccionado su razon , ejercitado su inteligencia y reunido sus fuerzas. El hombre, antes de formarse las sociedades , era quizás el mas agreste y el menos temible de todos los animales : desnudo, sin armas y sin abrigo, la tierra solo debia ser para él un vasto desierto poblado de monstruos , de cuya fiereza era víctima muchas veces ; y aun largo tiempo despues nos dice la historia que los primeros héroes no eran mas que destructores de fieras.

Empero , cuando la especie humana se hubo estendido , multiplicado y esparcido con el tiempo y á la sombra de las artes y de la sociedad ,

pudo el hombre marchar con fuerzas reunidas para conquistar el universo ; desde luego hizo retirar poco á poco las bestias feroces , purgó la tierra de aquellos animales gigantes cos cuyos huesos enormes se encuentran todavía ; destruyó , ó á lo menos redujo á corto número de individuos las especies voraces y dañinas ; opuso animales á animales ; y subyugando los unos con la industria, y domando los otros con la fuerza , ó separándolos por el número , y atacándolos á todos por medios bien combinados , consiguió vivir seguro , y establecer un imperio cuyos únicos límites son los parajes inaccesibles , las soledades remotas , los arenales ardi entes , las montañas heladas , y las cavernas oscuras que sirven de guarida al corto número de especies de animales indomables.